

Oleos de Nemesio Antúnez

Las obras —Sala del Ministerio de Educación— están firmadas en distintos lugares: París, Aix-en-Provence, Siena, Santiago. No podríamos extraer de estos datos ningún detalle capaz de marcar la evolución estilística del pintor. Piénsese de qué modo en la pintura naturalista o en la del "plein-air" el ambiente geográfico, el clima y el color local imponían su dominio.

Recientemente hemos podido observarlo en esta misma sala. Un paisaje de Baviera pintado por Ramón Subercaseaux difería esencialmente de otro pintado en Roma por el mismo artista. En cierto modo, lo exterior venía condicionando la visión interior y se enseñoreaba de la tela.

Con ello no negamos el influjo que sobre Nemesio Antúnez hayan podido tener los viajes. Pero ese influjo es de naturaleza distinta, es psicológico o se afina de preferencia en las zonas de lo espiritual.

Nemesio Antúnez ha sido sensible al contacto sutil de la pintura francesa más actual. Los nombres de Gischia, Pignon, Buffet, Le Moal, vienen al recuerdo, si bien más que similitud formal sugieren semejanzas de anhelos y fervores. La personalidad del chileno, revelada hace años, se mantiene dentro de un territorio autónomo, alerta a las voces ecoicas, pero ansiosa de su propia expresión individual.

Vemos nosotros en el conjunto, enfrentado a la conquista de la plástica pura, tres direcciones. En la primera domina la tonalidad sombría. Se abren en esta clase de obras anchas perspectivas que marcan un contraste entre la monumentalidad del paisaje o del edificio y las personas que los pueblan. Hay aquí algo de cruel. Las gentes, simples números o cifras humanas, circulan, se agitan y tienen desde la altura algo de seres indeterminados y absurdos. Los espacios abiertos, perdidos en la amplitud tenebrista, parecen venir de impresiones soñadas.

Vamos después hacia la segunda corriente, en la que notamos mayor efusión cromática. Sin perder del todo los peculiares elementos formales de la serie "negra", Antúnez busca aquí una liberación y va hacia el optimismo. Los mismos títulos son una prueba. "Cucharas y fósforos", "El mantel amarillo", "Pinceles", "Rincón de las escobas", "El río", etc., suponen una dignificación

del tema humilde y sencillo, un ir hacia la callada y entrañable realidad.

La mirada del pintor se ha detenido en el juego geométrico que le ofrecen las puertas, los rectángulos de las mesas y de las ventanas, el cuadriculado del pavimento, la dispersión radiante de los pinceles. Todo ello exige, condiciona apriorísticamente cierta desviación hacia lo abstracto. O, si queremos mejor, un modo de representar las esencias de las cosas, su realidad inmutable, desdénando lo accidental y fungible.

Cualquier objeto es propicio como asunto temático del cuadro que aspira a transformarse en una ecuación o "suma" plástica perseguidora ahincada de la pureza. Dentro de aquellas efusiones cromáticas anotadas, Antúnez integra sus experiencias visuales en el rigor constructivo, en la disciplina de las relaciones del color, en la severa conquista de una técnica acorde con su estilo. Hay una vuelta en todo ello, sin duda, a lo humano, hacia una nueva proyección de lo espiritual en lo figurativo. Véase, por ejemplo, de qué modo en "Cucharas y cuchillos" la perspectiva del mantel y del pavimento cuadriculados se rompe y al ondularse agrega al conjunto la liberación espacial, una manera de proyectarse barroco hacia lo infinito e indeterminado.

La tercera corriente se aleja del purismo metafísico y trata de reivindicar lo popular. "Alfarería sobre la mesa", "Preparativos del 18". Es, tal vez, lo menos valioso del conjunto.

Si hubiéramos de asimilar estas tres corrientes con el sonido diríamos que la tercera corriente es vocinglera, mientras que la segunda es silenciosa y la primera rumorosa. También se ha pasado de lo deshumanizado a lo humano, a lo templadamente humano, y ello sin retórica ni énfasis de propaganda.

Antonio R. Romera

FNA Fundación
NEMESIO
ANTÚNEZ